AVENTURAS DE UN CESANTE,

COMEDIA EN UN ACTO, ORIGINAL

DE

DON P. MORENO GIL.

Escrita expresamente para el inteligente actor D. Emilio Mario, y estrenada en el teatro de Variedades en el mes de Febrero de 1864.

MADRID,
IMPRENTA DE F. MARTINEZ GARCÍA.
calle del Oso, número 21.

1864

73989

PERSONAJES.	ACTORES.
MATILDE.	D.ª CAROLINA DUCLÓS.
CRISPINA.	FELIPA ORGAZ.
DON SERAFIN.	D. EMILIO MARIO.
DON DIEGO.	ANTONIO VICO.
RICARDO.	RICARDO MORALES.
EL MARQUÉS DE ROBLE-OSCURO.	ANTONIO ACEDO.
UN CAMARERO DE FONDA.	N. DIAZ.

La escena en Madrid y en nuestros dias.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones de Ultramar.

El autor se reserva asimismo el derecho de traduccion, de impresion y de representacion en el extranjero, segun los tratados vigentes.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

Los corresponsales de DON FRANCISCO RUBIO, dueño de la Administracion general de obras dramáticas y líricas, son los encargados exclusivos de su venta y del cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorirada.

Madrid, 1.º de Febrero de 1864.

El Censor de teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

AL SEÑOR

DON EMILIO MARIO,

EN PRUEBA DE VERDADERA AMISTAD,

MORENO GIL.

Digitized by Google

ACTO UNICO.

Gabinete modesto, pero decente, de reducidas dimensiones. Puerta al foro y laterales. Mesa en segundo término derecha. Costurero con bastidor de bordar en primer término izquierda, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

Aparece MATILDE cosiendo junto al costurero. CRISPINA entra por el foro, con una cestita pequeña, un jarro y una carta en la mano.

CRISP. (Entrando.) Buenos dias, señorita.

MAT. Buenos dias, señora Crispina.

CRISP. Aquí tiene usted los panecillos y la leche. (Los deja en la mesa.)

MAT. Muchas gracias.

CRISP. (Revisando con curiosidad la habitacion.) Parece que hoy se ha madrugado: ¡ya está el cuarto como una ascua de oro! ¡Todo tan aseado y tan limpito como usted acostumbra!... ¡Por lo visto ya ha salido su papá de usted, y usted siempre solita y siempre tan trabajadora!...

MAT. ¡Qué hemos de hacer!

CRISP. Sí; ya sé que su papá de usted está cesante hace cuatro años, y que no es el destino mejor para echar coche.—Pues no he subido ántes los panecillos porque como la Juana... ya sabe usted... la tendera de enfrente...

MAT. Sí.

CRISP. ¡Siempre tiene alguna cosa que contarme!... ¡Jesus!... ¡Mujer qué charle más!... Ella sabe la vida y milagros de toda la vecindad, y como á mí me gusta oir y

callar, paso buenos ratos escuchando lo de si la señorita del cuarto principal pela ó no pela la pava con un capitan de coraceros, y si el pollito de enfrente hace telégrafos ó no á la del segundo; pero como yo no hago caso de esas tonterías...

MAT. Hace usted bien, señora Crispina: una mujer que habla mucho...

CRISP. ¡Es una calamidad, señorita! Figúrese usted que yo... (Suena dentro la campanilla.)

MAT. (Levantándose.) Me parece que han llamado...

CRISP. Yo abriré; no se incomode usted: ya sabe usted que sólo deseo servirla, y si no fuera por la portería todo el dia y toda la noche me tendria usted á su lado. (Dirigiéndose al foro.) Voy, voy en seguida. (Volviendo.) ¡Ah! Ya se me olvidaba tambien hoy dar á usted esta carta que trajo ayer el cartero para su papá de usted. (Campanilla dentro.)

MAT. Gracias, pero...

CRISP. Voy, señorita; no me gusta hacer esperar á nadie. (Volviendo.) Por supuesto que le he pagado *el cuarto de la contribucion;* porque como sabe usted que esa gente... Voy, voy...—No lo digo porque... ya sé que usted no olvida nunca...

MAT. (Dirigiéndose al foro.) Permítame usted...

CRISP. Nada de eso, señorita; (Campanilla.) allá van, allá van. (Vase por el foro.)

ESCENA II.

MATILDE, despues D. SERAFIN por el foro (1).

MAT. ¡Qué pesadez! ¡Crei que no me dejaba en dos horas!... Afortunadamente la campanilla ha sonado muy á tiempo.

SERAF. (Entrando.) ¡Pues digo que la broma se iba haciendo pesada!... ¡Ji, ji!... ¡Tenerme media hora á la puerta con el frio que hace! ¡Si no habré esperado bastante en los pasillos del ministerio!... ¡Ji, ji!...

(1) La risa marcada en el papel de D. Serafin es una sonrisa nerviosa, apénas perceptible, que forma parte de la manera de hablar de este personaje, como una costumbre adquirida hace mucho tiempo.

MAT. Se empeñó en abrir la señora Crispina...

SERAF. Y representó, como siempre, la fábula del perro del hortelano. ¡Ji, ji!...

MAT. ¿Trae usted alguna buena noticia?

SERAF. Lo de siempre, hija mia, lo de siempre. ¡Un cesante que está en el activo ejercicio de sus funciones, no puede traer nunca buenas noticias!... ¡Ji, ji!...

MAT. ¿Con que es decir?...

SERAF. Que he dado mis acostumbrados paseos por los pasillos del ministerio, y no encuentro alivio alguno en mi salud. ¡Ji, ji!

MAT. ¿No ha podido usted ver tampoco al Ministro?

SERAF. Verle, sí: casi todos los dias le veo... ¡Ji, ji!... Pero es á la respetuosa distancia que me permiten los porteros... ¡Ji, ji! (Fijándose en la carta que tiene Matilde.) ¿Qué carta es esa?

MAT. ¡Ah!... ¡Se me habia olvidado!... ¡Con el deseo de saber si había usted adelantado algo en su pretension!...

SERAF. (Abriéndola.) ¡Si será alguna mala noticia!... ¡Hace cuatro años que no recibo otra clase de sorpresas!... ¡Ji, ji!...

MAT. ¡La portera acaba de entregármela!...

SERAF. (Viendo la firma.) ¡Hola!... ¡Bien, muy bien!... ¡Esto me da buena espina!... ¡Ji, ji!...

MAT. ¿Qué, papá?

SERAF. ¿No te parece raro que un antiguo amigo, inmensamente rico, y lleno, por consiguiente, de cuantas comodidades carece uno, se atreva á escribir á un cesante?... ¡Ji, ji!... ¡Pues ese caso raro tiene lugar en este momento!... ¡Ji, ji!

MAT. ¿De quién es?

SERAF. De un antiguo compañero de colegio; ¡ji, ji! ¿No te acuerdas de don Diego Ponferrada?

MAT. (Con alegría.) ¡Ah, sí!... Y de su hijo Ricardo que...

SERAF. Si; que estuvo aquí estudiando hasta que concluyó su carrera, hace unos cuantos años.

MAT. ¡Cuatro, papá!

SERAF. ¡Si, cuatro!... Es verdad. ¡Veo que tienes mejor memoria que yo! ¡Ji, ji!... En fin, veamos lo que dice mi antiguo condiscípulo: (Leyendo.) «Mi querido Serafin: un asunto de la mayor importancia sobre las

»elecciones de este distrito, me obliga á salir inme»diatamente para esa en compañía de mi hijo Ricar»do; por lo tanto, mañana mismo tendremos el gusto »de darte un abrazo y pasar una temporadita á tu »lado.» (Sobresaltado.) ¡Esto es grave!... ¡Ji, ji!...

MAT. Siga usted, papá.

SERAF. «Ya sabes lo aficionado que he sido á toda clase de »diversiones, y he determinado que, ya que se pre»senta esta ocasion, nadie mejor que tú puede acom»pañarme en esa Babel de cafés, fondas, teatros, cir»cos, etc., etc., etc...» Cuando yo decia que... ¡Ji, ji!...

MAT. Continúe usted.

SERAF. ¿Te parece poco lo que llevo leido?... ¡Ji, ji!

MAT. Sin embargo...

SERAF. «Como reconozco por mí mismo que tu verdadero y »antiguo amigo nunca puede causar incomodidad al»guna en tu casa, no he vacilado en la eleccion.»

MAT. Es decir...

SERAF. ¡Que llegarán de un momento á otro!... ¡Ji, ji!... ¡Pues es grave, demasiado grave el asunto!... ¡Ji, ji!...

MAT. ¿Y qué piensa usted hacer?

SERAF. Lo lógico seria decirle: «Amigo mio: los tiempos han cambiado, y todos mis buenos deseos no son bastante para hacer en tu obsequio todo lo que quisiéramos: pero estoy cesante hace cuatro años... ¡ji, ji!... y no te digo más.»

MAT. Sí; pero en ese caso descubriríamos lo que á todo el mundo hemos procurado ocultar: nuestra triste situacion.

SERAF. Es verdad, ¡ji, ji!... Pero ya conoces tú...

MAT. Yo creo que formando un gran empeño...

SERAF. ¡Un empeño!... ¡Si ya no podemos empeñarnos más, hija mia!... ¿Olvidas el Monte de Piedad, á donde voy á dar casi todos los dias otro paseito desde el Ministerio? ¡Ji, ji!... Ademas, si mi amigo fuese... así... ¡otro cesante, por ejemplo!... ¡Pero acostumbrado á comer y beber como un príncipe!...

MAT. No importa, papá: hoy entregaré en la calle de Postas la ropa blanca que traje la semana pasada, y con lo que cobre por mi trabajo podremos siquiera reci-

bir hoy á su amigo de usted. Ademas, aun conservo aquella pulsera tan bonita que me regaló usted el dia de mi santo...

SERAF. Sí, cuando viviamos en el cuarto principal de esta casa... ¡Ji, ji!... ¡Despues el salto fué regularcito!... ¡Cuarto piso con honores de bohardilla!... ¡Ji, ji!

MAT. La podemos empeñar por unos dias, y de ese modo...

SERAF. (Pensativo.) ¡Si yo pudiera vender los ocho paisitos de las montañas de Suiza que acabé el otro dia!... Pero si son tan malos que... ¡ji, ji! ¡Pura aficion, pura aficion nada más!

MAT. ¿No le ha dicho á usted nada hoy el hijo de la señora Crispina? ¡Si alguno en el café los hubiera puesto precio!...

SERAF. No; hoy no ha venido todavía de su trabajo; ¡pero será como todas las noches!... ¡Ji, ji! ¡Desmerecen tanto las cosas que van á venderse por los cafés!...

MAT. ¡Quién sabe si alguno querrá comprarlos!

SERAF. ¿Pero crees tú que aun así podremos recibir á Diego y á su hijo como ellos se merecen?

MAT. Si, papá: Dios nos abrirá camino como siempre; y en último caso, cuando ya nuestros esfuerzos sean inútiles, podrá usted decirle cuál es nuestra posicion, y á lo ménos tendrá una prueba más de la verdadera amistad que usted le profesa.

SERAF. Tienes razon, hija mia. A pesar de todo, no debiamos haber vacilado ni un momento; cuando se acabe lo poco que hay... ¡ji, ji!... le diremos: «Se acabó, amigo mio, no podemos más!» Seria una ingratitud por nuestra parte que á un amigo tan antiguo... ¡Ji, ji! Voy, voy ahora mismo á la estacion de la calle de Alcalá á preguntar la hora en que llega el tren de Toledo. (Campanilla dentro.)

MAT. ¡Han llamado!

SERAF. ¡Si serán ellos!... ¡Me parece demasiado pronto!

MAT. Voy á ver. (Vase corriendo por el foro.)

ESCENA III.

D. SERAFIN, despues MATILDE y CRISPINA.

SERAF. ¡Compromiso más extraordinario!... ¡Ji, ji!... ¡Un cesante obsequiando á un amigo rico!... ¡Cuando digo que vivimos en el siglo de las excentricidades!... ¡Ji, ji!...

CRISP. (Entrando con Matilde.) Soy yo, vecino; yo... que traigo á usted una buena noticia.

SERAF. ¡Una buena noticia!... ¡Ji, ji!... ¡Me parece que se ha equivocado usted de habitacion!

CRISP. (Entregándole dos napoleones.) Tome usted.

SERAF. ¿Qué es esto?

CRISP. ¡Dos napoleones!

SERAF. Ya lo veo. ¡Ji, ji!... Pero no comprendo...

CRISP. Anoche en el café de los Suizos vendió mi hijo los dos cuadritos que usted le dió, y aquí tiene usted su importe.

SERAF. ¡Ajajá!... Todo es empezar... ¡Ji, ji! Desde hoy me dedico con más constancia á pintar cuadros á napoleon!... ¡Ji, ji!

CRISP. Ya ve usted si la noticia es...

SERAF. ¡Oportunísima, señora Crispina, oportunísima! ¡Ji, ji!

CRISP. De modo que cuando uno trabaja, siempre encuentra el fruto; ¿no es verdad, don Serafin? Todos los dias le estoy diciendo á mi Juan: trabaja, trabaja, que algun dia cogerás el sudor de tu frente; pero él, que suda como un minero, rabia como un desesperado; y eso que yo le doy siempre conversacion para hacer más llevadero su oficio. ¡Y qué malo se va poniendo tambien el arte de la zapateria, señor don Serafin!...

SERAF. ¡Muy malo, señora Crispina, muy malo!

MAT. Tome usted el sombrero, papá, y no se descuide usted, que va siendo tarde.

SERAF. Pronto estaremos de vuelta... ¡Ji, ji! ¿Con que tú te encargas...

MAT. De todo, papá; pierda usted cuidado.

SERAF. Voy, voy corriendo. (Vase por el foro.)

CRISP. Vaya usted con Dios, don Serafin; vaya usted con Dios, que yo acompañaré á la señorita y no hay nada que temer.

ESCENA IV.

MATILDE, CRISPINA.

MAT. Señora Crispina, tengo que hacer á usted varios encargos.

CRISP. Ya sabe usted, señorita, que aunque ustedes hayan venido á ménos, mi deseo de servirles es igual.

MAT. Muchas gracias, señora Crispina. (Entregándola una pulsera que sacará del costurero.) Tome usted.

CRISP. ¿Y qué es esto?

MAT. Una pulsera.

CRISP. ¡Ah...! Vamos, ya entiendo: quiere usted que siga el mismo camino que los pendientes y las sortijas!...

MAT. Sí, señora. (Envuelve en un pañuelo la ropa blanca.)

CRISP. ¡Pues es muy bonita!... ¡Y cómo me gustan á mí las pulseras!... ¡No es una lástima que todo esto vaya á enterrarse en el Monte de Piedad!—Cuando yo me casé, señorita, me compró mi Juan una gargantilla que no habia más que pedir. ¡Dos pesetas le costó en los portales de la Plaza Mayor!

MAT. Aquí tiene usted la ropa blanca que hay que entregar hoy en la calle de Postas.

CRISP. Está muy bien.

MAT. Cobrará usted la cuentecita, y á la vuelta encargará usted en la fonda del cuarto bajo cuatro cubiertos... de á veinte reales.

CRISP. ¡Qué dice usted, señorita!... ¿Pues qué, ha abandonado ya su papá de usted la cesantía?

MAT. No; pero espera hoy á unos amigos, y como usted puede figurarse...

CRISP. ¿Y vienen de fuera esos señores?... ¿Tal vez á pasar aquí una temporadita?... ¡Pues es lo único que le faltaba á don Serafin!... Porque supongo que no serán huéspedes de pago: ¡como su papá de usted tiene tanta aversion á esa clase de industria!...

MAT. (Entregándola el pañuelo con la ropa.) ¿No se le olvidará á usted nada, no es verdad?

CRISP. ¡Qué se me ha de olvidar, señorita!... ¡Pues bonita soy yo para eso!... Cuando bautizaron á mi Ramonci-

llo, y eso que ya puede usted figurarse cómo yo estaria, me dijo mi Juan...

MAT. (Dirigiéndose al foro.) Me parece que siento ruido en la escalera.

CRISP. Sí, en efecto; voy, voy á enterarme de quién es y en seguida haré estos encarguitos.

MAT. Sí, sí; vaya usted, señora Crispina.

CRISP. (Volviendo.) ¡Ah! ¿Y cuándo digo que suban esos cubiertos?

MAT. Ya se avisará.

CRISP. Bien, bien; voy á ver quién sube. (Vase por el foro.)

ESCENA V.

MATILDE, despues D. DIEGO, RICARDO y CRISPINA.

MAT. ¡Despues de cuatro años de ausencia volverle á ver!.. ¡No, no; mi esperanza es un sueño que no debo alimentar siquiera!

CRISP. (Dentro.) Sí, señor; aquí es.

DIEGO. (Id.) Bien, bien; deja ahí el equipaje que luégo se colocará.

MAT. ¡Ah!... ¡Ellos son sin duda!

CRISP. (Entrando.) El señor ha salido, pero aquí está la señorita.

MAT. (Recibiéndolos en la puerta del foro.) ¡Señor don Diego!... ¡Ricardo!

RICARDO. Señorita.

DIEGO. Permítame usted que dé un abrazo á la hija de mi mejor amigo.

MAT. ¡Cuánto placer tengo en ver á ustedes despues de tantos años!

DIEGO. ¡No es menor la satisfaccion que nosotros experimentamos!...

CRISP. Es muy natural: ¡si hace mucho tiempo que no se ven ustedes! Cuando mi Juan hizo un viaje á Guadalajara no pueden ustedes figurarse lo que pasó entre los dos cuando nos volvimos á ver.

MAT. (Señora Crispina...)

DIEGO. (¡Qué criada más parlera!)

CRISP. ¡Voy, voy, señorita; celebro mucho que hayan llega-

do ustedes sin novedad, lo cual es muy raro, porque segun dicen, los caminos están fatales!... El otro dia descarriló el tren y...

DIEGO. Ya tenemos noticia de eso.

CRISP. Vaya, pues me alegro. Voy á despachar esos encarguitos y vuelvo en seguida. (Vase por el foro.)

RICARDO. (Mirando á Matilde.) (¡Qué hermosa está!)

ESCENA VI.

MATILDE, D. DIEGO y RICARDO.

DIEGO. ¿Con que papá ha salido?

MAT. Sí, señor; ha ido á esperar á ustedes, y sin duda se ha retrasado; pero no tardará; tomen ustedes asiento.

DIEGO. ¡Gracias, Matildita, gracias: usted siempre tan amable y tan cariñosa! (Se sientan.)

RICARDO. Sí, señora, sí.

MAT. ¡Cuánto celebro que se hayan ustedes decidido á hacernos esta visita!

DIEGO. Era una vergüenza ciertamente que estando á dos pasos, como quien dice, no hayamos hecho ántes alguna otra escursioncilla!... Y eso que Ricardo siempre me estaba animando.

RICARDO. Sí, señora, sí, yo tenia muchos deseos de volver á ver á ustedes.

MAT. Lo agradezco mucho, Ricardo.

DIEGO. ¡Los negocios le sujetan á uno tanto!...

MAT. ¿Ya apénas se acordará usted de Madrid?

DIEGO. Desde que salí del colegio no he vuelto más que cuando éste tomó su título de abogado hace cuatro años.

MAT. ¡Y entónces estuvo usted tan poco tiempo!...

DIEGO. Ocho dias: los precisos nada más para llevarme á mi hijo, hecho ya todo un hombre. ¿Pero qué capricho le ha dado á su papá de usted para dejar la habitacion tan bonita del cuarto principal y subirse á donde Cristo dió las tres voces?

MAT. (Con aturdimiento.) Como es tan aficionado á la pintura...

DIEGO. ¡Ah, ya... por las luces!...

MAT. Sí, señor, por las luces.

DIEGO. Pues podia muy bien haber tomado para estudio esta especie de nido, y haber seguido viviendo abajo.

MAT. Como murió mamá y quedamos los dos solos...

DIEGO. ¡Manías, manías de Serafin!... Porque estoy seguro que á usted no le habrá hecho mucha gracia el cambio...

MAT. Yo me avengo á todo... y con tal de dar gusto á papá...

DIEGO. Ya sé que es usted un modelo de buenas hijas.

ESCENA VII.

DICHOS, D. SERAFIN por el foro.

SERAF. (Dentro.) ¡Matilde, Matilde!

MAT. ¡Ah, es papá!... Permítame usted... (Sale corriendo por el foro.)

DIEGO. Vamos, hombre, anímate: ¡siempre con ese aire de doctrino!...

RICARDO. Es que... siento un calor en esta habitacion...

SERAF. (Entrando muy sofocado, seguido de Matilde.) ¿Dónde... dónde están esos pícaros?... ¡Ji, ji!

DIEGO. ¡Serafin!

SERAF. ¡Diego!... ¡Hola, señorito... venga un abrazo! ¡Ji, ji!

DIEGO. Pero hombre, vienes echando el alma por la boca.

SERAF. El deseo de llegar pronto.

DIEGO. Siéntate y descansa.

RICARDO. (¡Cada dia está más hermosa!)

SERAF. Estaba ya en la calle de Alcalá, cuando me dijo un mozo á quien pregunté, que el tren de Toledo hacia ya más de una hora que habia venido... ¡Ji, ji!... Ya puedes figurarte lo que yo haria en aquel momento...

DIEGO. ¡Pero á quién no se le ocurre tomar un coche!...

SERAF. ¡Un coche! ¡Ji, ji!... ¡Un coche... y estando tan cerca!... Ademas, ¿crees tú que se encuentran tan fácilmente!... Y luégo... como están tan mal acondicionados, una caida es fatal... ¡Ji, ji! ¿Con que toda la familia buena, eh?

DIEGO. Perfectamente: mi mujer es la que anda achacosilla.

SERAF. Lo siento, hombre, lo siento; ¡ji, ji!

DIEGO. Yo me habia empeñado en que nos acompañara unos dias; pero no ha sido posible.

SERAF. ¡Vaya, vaya!... Pues debias tambien haberla traido! ¡Ji, ji!

DIEGO. Supongo que no habreis comido todavía...

SERAF. ¡Comer!... ¡Ji, ji!

MAT. No, señor; como esperábamos á ustedes...

SERAF. Eso es... ¡Ji, ji!... Como os esperábamos... (¡Pues señor, ya no me llega la camisa al cuerpo!)

DIEGO. Nada, nada; por nosotros no espereis: ademas, ya sabes que yo siempre tengo buen apetito, y con el viaje...

SERAF. Es natural, ¡ji, ji!...

MAT. Dentro de un momento estará puesta la mesa.

DIEGO. Bien, bien.

SERAF. (Pero Matilde, tú le has olvidado de mi cesantía!...)

MAT. (No tenga usted cuidado, papá.)

DIEGO. En ese caso vamos á limpiarnos un poco, que el polvo del camino siempre molesta.

SERAF. (Llamando á Matilde con mucho misterio.) (¡Matilde!)

MAT. (¿Qué?)

SERAF. (¿Hay cepillo?)

MAT. (Si, papá.)

SERAF. (Lo habia olvidado: en este momento dudo que haya algo en mi casa!)

MAT. Pasen ustedes á esta habitacion. (Señalando la puerta de la izquierda.) Como papá acaba de recibir su carta de usted, no se ha preparado nada todavía; pero ya procuraremos complacerlos segun nuestros deseos.

DIEGO. Gracias, Matildita.

SERAF. ¡Eso si!... Lo que es buenos deseos no faltan. ¡Ji, ji!... (Siguen hablando D. Serafin y D. Diego.)

MAT. (A Ricardo.) Usted particularmente extrañará...

RICARDO. (Con aturdimiento.) No, señora, no; yo no puedo extrañar nada al lado de ustedes; todo lo contrario: puedo asegurar á usted que mi único deseo era visitar á usted, ¡y verla á usted! ¡y hablarla á usted!... (¡Ya me he turbado!)

MAT. Gracias, Ricardo. (Siguen hablando.)

DIEGO. (A D. Serafin.) Si, hombre, si, ¡manías que has tenido siempre!... ¡Dejar tu habitacion del piso principal por esto!

SERAF. Es verdad, es verdad. ¡Ji, ji!

DIEGO. En fin, ya hablaremos de eso despacio, y mudarás de opinion.

SERAF. No digo que no, pero... ¡Ji, ji! (¡A que hace tambien que me mude de cuarto! ¡Dificilillo es! ¡Ji, ji!)

DIEGO. Vamos, Ricardo: ya que esta señorita es tan amable...

RICARDO. (¡Vaya si lo es! ¡Y algo más!)

MAT. Por aquí. (Vanse Matilde, D. Diego y Ricardo por la puerta de la izquierda.)

ESCENA VIII.

D. SERAFIN, despues CRISPINA por el foro.

SERAF. ¡Cuando digo que no me sale el susto del cuerpo en un año! ¡Ji, ji! ¡Y luego, como mi amigo es tan francote y tan buen vividor! Pues me parece que se va á adelantar para él la Cuaresma si permanece aquí mucho tiempo!.. ¡Ji, ji!... (Campanilla dentro.) ¿Eh? Creo que han llamado ¡Si será otro nuevo huesped! (Se dirige al foro y vuelve en seguida con Crispina.)

CRISP. ¡Pues señor, hemos hecho el viaje en valde!

SERAF. ¿Qué viaje?

CRISP. Gracias que está cerca; porque, ya ve usted... desde la calle de Bordadores al Monte...

SERAF. Pero, ¿de qué habla usted, si es que habla de algo? ¡Ji, ji!

CRISP. Fui á la calle de Postas; corriente: ¡pero luego en el Monte!... ¡Ay don Serafin!

SERAF. ¡En el Monte! (¡Si habrá entrado en el gremio de las cucas! ¡Ji, ji!)

CRISP. Allí no se reciben más que alhajas de oro y plata, y como esta pulsera que me dió la señorita es de *figuracion*...

SERAF. ¡Acabara usted!...

CRISP. ¡Quién lo habia de decir, siendo tan bonita y tan!... ¿Le gustan á usted las pulseras, señor don Serafin?

SERAF. Si, señora; pero me gustan más otras cosas. ¡Ji, ji!

CRISP. (Enseñándosela.) ¡Pues ya ve usted!...

SERAF. ¿Qué?

CRISP. ¡Que no han querido tomarla!

SERAF. (Cogiéndola y metiéndosela en el bolsillo.) ¡Bien, mujer, bien! ¡Ya lo he oido! ¡Ji, ji!

ESCENA IX.

DICHOS, MATILDE por la puerta de la izquierda.

CRISP. (Viendo salir á Matilde.) ¡Ah!... Me alegro que venga usted, señorita.

MAT. ¿Qué hay?

CRISP. ¡La pulsera, que no la han querido tomar!

MAT. ¿Por qué?

CRISP. Porque es de *figuracion;* y como allí están por lo positivo...

SERAF. ¿No le lo decia yo, hija mia? ¡Compromiso más comprometido! ¡Ji, ji! ¡Y mi amigo con más hambre que un cesante!

CRISP. ¡Qué comparaciones tan oportunas tiene usted siempre, don Serafin!

SERAF. ¿De veras, eh? ¡Ji, ji!

MAT. Acompáñeles usted un momento, que yo procuraré arreglarlo todo.

SERAF. Sí, hija, sí; ¡si todo fuera hacerles compañía!... ¡Pero ya comprendes tú que eso no satisface lo bastante!... ¡Ji, ji!

MAT. Vaya usted, papá.

SERAF. ¡Voy, voy á ver si puedo distraer de algun modo su apetito!... ¡Ji, ji!... (Vase por la puerta izquierda.)

ESCENA X.

MATILDE, CRISPINA.

MAT. ¿Llevó usted eso á la calle de Postas?

CRISP. Sí, señora; y de paso dejé el encargo en la fonda del cuarto bajo.

MAT. Pues es preciso que lo suban al momento.

CRISP. Voy en seguida. (Vase por el foro.)

ESCENA XI.

MATILDE, RICARDO por la izquierda con el sombrero en la mano.

MAT. ¡Ah!... ¡Ricardo!... ¿Va usted á salir? Entónces esperaremos á usted para comer.

RICARDO. Vuelvo pronto: voy á casa del Marqués de Roble-Oscuro, que vive muy cerca de aquí, á darle ciertas noticias sobre elecciones y á anunciarle la llegada de papá.

MAT. ¡Ah!... Su papá de usted...

RICARDO. Es íntimo amigo del Marqués, y por consiguiente, el que más ha influido en Toledo para que los electores apoyen al gobierno.

MAT. Si mal no recuerdo, el Marqués de Roble-Oscuro es...

RICARDO. El actual Ministro de la Gobernacion.

MAT. Sí; creo haber oido pronunciar ese nombre á papá.

RICARDO. No tiene nada de extraño.

MAT. Pues... no se detenga usted por mí, Ricardo.

RICARDO. Hasta luégo, Matilde.

MAT. Adios.

RICARDO. (¡Imposible!... ¡Nunca me atreveré á decirla nada!) (Vase por el foro.)

ESCENA XII.

MATILDE, CRISPINA por el foro; despues un CAMARERO de la fonda, con un canastillo donde trae el servicio de mesa.

CRISP. (Desde la puerta despidiendo á Ricardo.) Vaya usted con Dios, señorito; vaya usted con Dios.

MAT. ¿Ha avisado usted?

CRISP. Ya lo suben: como en las fondas lo tienen siempre todo dispuesto no se hacen esperar.

MAT. ¡Si usted tuviera la bondad de servirnos en la mesa!...

CRISP. ¡Vaya!... ¡Pues no faltaba mas!... Ya sabe usted que sólo deseo complacerlos.

MAT. Gracias, señora Crispina: mucho tenemos que agradecer á usted.

CRISP. Pues si yo pudiera servir á todo el mundo, ¿cree usted que alguien echaria nada de ménos?

MAT. Acercaremos esta mesa si á usted le parece.

CRISP. (Ayudándola á poner la mesa en el centro.) Muchas veces me dice mi Juan que me gusta melerme en todo, pero yo no le hago caso: ¡ya ve usted!... ¡Decirme á mí eso cuando soy incapaz de despegar mis labios si no me preguntan!... (Viendo en la puerta al Camarero.) ¡Ah!...

Pase usted, jóven, pase usted y vaya colocando todo eso en esta mesa. (El Camarero ayudado de Matilde y Crispina pone todo el servicio en la mesa.) ¡Aceitunas!... ¡Pepinillos!... ¡Mantequillas!... ¡Y cómo me gustan á mí las mantequillas!... ¡Ya ve usted, señorita; será una comida de príncipe!... (Al Camarero.) ¡A ver si os portais bien vosotros!... ¡Que si á los de casa no se les sirve bien, á quién se les ha de servir!

CAMAR. ¿Subo ahora mismo la sopa?

CRISP. Ya me parece que sale su papá de usted, con que creo que bien puede subirla.

MAT. Sí, pero Ricardo ha salido, y si se entretiene algo...

CRISP. Mientras bajan y suben y todo lo demas...

MAT. Él ha dicho que volveria en seguida, pero...

CRISP. ¡Pues entónces!... Sí, súbala usted, jóven; y repito que no se olviden que somos de la casa. (Vase el Camarero por el foro.)

ESCENA XIII.

DICHOS, D. SERAFIN y D. DIEGO por la izquierda; despues RICARDO por el foro; luégo el CAMARERO y CRISPINA, que á la salida de Ricardo sale á esperar al Camarero.

SERAF. (Sale hablando con D. Diego sin ver la mesa, ya servida, hasta que lo marca el diálogo.) Puedo jurarte que no ha sido mi intencion el encerrar á Matilde como supones. ¡Ji, ji!

DIEGO. Pues repito que son manías que debes desechar, principalmente por tu hija. Las apariencias son muchas veces necesarias en la vida, y mucho más aquí donde creo que sólo se aprecia á la gente por lo que esteriormente aparenta.

SERAF. Convengo en que las apariencias... ¡Ji, ji!...

DIEGO. No te favorecen nada, créeme.

SERAF. ¡Vaya si lo creo!... ¡Ji, ji!... ¡Pero es que... muchas veces no tiene uno gusto para nada! ¡Ji ji!...

DIEGO. En fin, vamos á comer, que por ahora es lo principal.

SERAF. Tambien convengo en ello; pero... ¡ji, ji!... No sé si Matilde... (¡A mí me va á dar algo!) (Se apoya maquinalmente en la mesa y queda asombrado al verla tan bien servida.)

¡Uf!... (¡Ave María Purísima!...) (Se deja caer en la silla.)

DIEGO. ¿Qué, te pones malo?

SERAF. ¡Ji, ji!... ¡Las impresiones!... ¡Aun no me habia hecho efecto tu llegada, y... sin duda los nervios se habian retrasado más que de costumbre!... ¡Ji, ji!...

MAT. ¿Qué tiene usted, papá?

SERAF. ¡Nada, hija mia, nada!... ¡No tengo nada!... ¡Ji, ji!... (¡Y eso es precisamente lo que me asusta!)

MAT. Tome usted asiento, don Diego. Ricardo dijo que vendria al momento...

DIEGO. No debe tardar: ha ido á casa de mi amigo el Marqués de Roble-Oscuro...

SERAF. (Dominado por una fuerte convulsion nerviosa.) ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ji, ji!... ¡Ji, ji!...

MAT. ¡Papá!...

DIEGO. ¡Qué es eso!... ¿Te vuelve el dolor?

SERAF. (Procurando reprimirse.) ¡Ji, ji!... ¡Nada... no es nada!... ¡Un calambre nervioso!... (Breve pausa.) ¿Con que tú te tratas nada ménos que con el Mi... Ministro de la Gobernacion?... ¡Ji, ji!

DIEGO. ¡Pues si ha sido compañero nuestro de colegio!...

SERAF. ¡Es verdad, es verdad, pero... varian tanto las cosas con el tiempo!... ¡Ji, ji!

DIEGO. Ya sé que tú por tu carácter especial has olvidado algunos amigos de la infancia; todos lo hacemos, es verdad; pero con el Marqués ha tenido lugar en mi una escepcion que me honra mucho...

SERAF. Es decir que... ¡Ji, ji!... Pues yo... lo confieso: despues no le he vuelto á hablar. (Bien á pesar mio! ¡Ji, ji!)

DIEGO. En eso has hecho bien: los amigos como nosotros no abusamos jamas de la amistad, no ambicionamos el favor de nadie, ni comemos á costa del prójimo.

SERAF. ¡Ji, ji!... Eso mismo digo yo muchos dias... ¡No comemos á costa de nadie!... ¡Ji, ji!

RICARDO. (Aparece en la puerta del foro.)

DIEGO. ¡Ah!... Ya está aqui Ricardo: vamos, vamos á comer, que luégo nos ocuparemos de otros asuntos.

RICARDO. Siento mucho que hayan ustedes esperado por mí. (Se sientan todos.)

SERAF. (¡Y Matilde se sienta!... ¡Y nada dispone! ¡Ji, ji! ¡Si estará ya toda la comida en la mesa!)

(Aparece el Camarero en el foro con una sopera; detras sale Crispina con otra, y ámbos empiezan á servir la mesa.)

(¡Pues señor, vivimos de ilusiones!... ¡Mi cesantia es un sueño por lo que veo! ¡Ji, ji! ¡Cerremos los ojos y aprovechemos la ocasion!)

MAT. ¡Pronto ha dado usted la vuelta, Ricardo!

DIEGO. ¿Has visto al Marqués?

RICARDO. Por una casualidad le encontré ya en su casa, pues se estaba vistiendo para ir al Ministerio: me dijo que deseaba con impaciencia ver á usted.

DIEGO. Despues de comer iremos por su despacho.

RICARDO. Me preguntó tambien que dónde estábamos y le dejé las señas.

DIEGO. Has hecho bien; pero creo que sus ocupaciones no le permitirán venir, á pesar de lo mucho que le interesa verme.

SERAF. ¡Venir aquí el Ministro!... ¡A mi casa!... ¡Ji, ji! ¡Hombre, eso seria una cosa nunca vista! ¡Venir un Ministro á casa de un!...

MAT. (Interrumpiéndole con viveza.) ¿Papá, quiere usted más sopa?

SERAF. (¡Uf, ya iba á soltar la palabra fatal!...)

DIEGO. (Fijándose en los platos que sirve el Camarero.) ¡Ola, ola!... ¡Te has decidido segun veo por la comida á la francesa!...

SERAF. ¡Manias... manías, como tú dices!... ¡Ji, ji!...

DIEGO. (Aparte á Serafin.) Este criado no es el que tenias ántes, me parece.

SERAF. ¡He cambiado!... ¡He cambiado!... ¡Ji, ji!

DIEGO. Pues no tiene malas trazas.

SERAF. (¡Yo sudo!... ¡Si llega á preguntarle algo se descubre el pastel ántes de tiempo!)

DIEGO. (Al Camarero al darle un plato.) Diga usted de mi parte á la cocinera, que este asado está admirablemente compuesto.

CAMAR. En esta casa no hay cocinera, señorito: es un repostero el que está encargado de la cocina.

MAT. (Dándole un plato para que se retire.) Tome usted.

SERAF. (¡Cuando digo que á mi me va á dar algo!... ¡Ji, ji!)

CRISP. (Entrando muy de prisa por el foro.) Señor, señor...

SERAF. ¿Qué hay?

CRISP. Un lacayo me ha preguntado que si vivia aquí don Diego Pon... Pon...

DIEGO. ¿Ponferrada?,.. Ciertamente.

CRISP. Pues yo le he dicho, como no tenia el gusto de conocer á usted de nombre, que si era un caballero que habia venido de Toledo con su hijo, que se llama el señorito Ricardo, que sí.

DIEGO. ¿Y bien?

CRISP. El lacayo volvió en seguida y me dijo que anunciase al señor Marqués de Roble-Oscuro, que sube ya por la escalera.

SERAF. (Levantándose de un salto y santiguándose.) (San Caralampio!... ¡Y todas las vírgenes mártires de Zaragoza!...)

DIEGO. Que pase al momento. (Sale Crispina por el foro.) Ricardo, espérame en esa habitacion. (Vase Ricardo por la izquierda.)

SERAF. (¡Ay, ay Matilde! ¡Ji, ji!... ¡Esto es superior á mis fuerzas! ¡Cuatro años detras del Ministro y venir él á mi casa! ¡Ji, ji! ¡Ven conmigo á sacarme el gaban y la corbata y lo que quede por sacar si queda algo!... ¡Ji, ji!...) (¡El ministro en casa de un cesante!...) (Empieza á quitarse el gaban, etc.)

MAT. (¡Pero papá!...)

SERAF. (Si no sé lo que me hago!... ¡Ji, ji!... ¡Cuando yo decia que á mí me iba á dar algo!)

MAT. (Vamos papá, vamos.)

SERAF. (Abrazando á Diego que vuelve de observar por el foro.) ¡Ay Diego de mi alma y de mi corazon!

DIEGO. ¡Pero á qué vienen esos aspavientos!...

SERAF. ¡Ay Diego.!.. ¡No te digo más!

MAT. Vamos, papá.

CRISP. (Desde el foro.) Ya está aqui.

SERAF. (¡El Ministro!... ¡El Ministro!... ¡Ji, ji.!.. ¡Dios me ilumine!... Creo en Dios Padre, Todopoderoso...) (Vase por la puerta de la derecha, seguido de Matilde.)

DIEGO. ¡De fijo se ha vuelto loco!

ESCENA XIV.

D. DIEGO, el MARQUÉS, CRISPINA.

DIEGO. (Saliendo á recibirle á la puerta.) ¡Querido Antonio!... Pasa... pasa por aquí, aunque no sea más que por un momento. (Vanse por la izquierda.)

CRISP. ¡El señor Ministro!... ¡Quién lo babia de decir!... ¡Pues me ha parecido un señor... como todos los demas!... ¡Buena ocasion se le presenta á don Serafin!... ¡Qué, si todo en este mundo es pura casualidad! (Mirando con curiosidad.) ¡Y no se sienta!... ¿Será verdad que estos señores no pueden estar mucho tiempo en un mismo sitio?... No le sucede eso á mi pobre Juan: quince años hace que ocupa el portal de esta casa, y nadie le mueve de su puesto! (Observando.) ¡Calla!... ¡Parece que se despide ya!... ¡No, pues la visita no ha sido muy pesada que digamos!...

DIEGO. (Volviendo con el Marqués y acompañándole hasta la puerta del foro.) Las elecciones están aseguradas; sin embargo, dentro de un cuarto de hora estaré en tu despacho; no me haré esperar. Adios, adios. (Vase el Marqués por el foro.)

ESCENA XV.

DIEGO, CRISPINA.

DIEGO. ¡Qué vida tan agitada!... ¡Y aun hay quien ambicione esos elevados puestos!...

CRISP. Diga usted, señor don Diego, ¿ese caballero es el señor Ministro?

DIEGO. Sí, señora.

CRISP. ¡Bendito sea Dios y quién lo babia de decir!... ¡Tan juntitos como hemos estado!

DIEGO. ¿Y qué tiene de particular?

CRISP. ¡Venir á casa de don Serafin cuando hace cuatro años que el pobre señor anda detras de él sin poderle hablar nunca!...

DIEGO. ¿Qué dice usted?

CRISP. ¡Hay cosas, señor don Diego, que las ve uno y no las cree!... ¡El señor Ministro!...

DIEGO. ¿Pero qué quiere usted decir con eso?

CRISP. Como el señor don Serafin está cesante hace cuatro años, como ya sabrá usted...

DIEGO. ¡Cesante!

CRISP. Sí, señor; pues por eso tuvieron que dejar el cuarto que ántes tenian... Porque ya ve usted, ¡cómo un cesante habia de vivir en un cuarto principal!...

DIEGO. Sin embargo, el servicio de su casa...

CRISP. ¡Ya lo creo!... ¡Qué criada habia de servirle mejor que su hija!

DIEGO. Pues entónces, usted...

CRISP. Yo soy la portera, ¡y como somos vecinos!... Porque yo habito en la bohardilla de al lado. ¿Pues qué... no sabia usted?...

DIEGO. Sí, señora, sí.

CRISP. Tal vez haya cometido una imprudencia, cosa que nunca me sucede; pero como son ustedes tan amigos, yo creí...

DIEGO. Segun eso, Matilde...

CRISP. La señorita no se ata por nada: ella guisa, plancha, anima á su papá y cose ropa blanca para la calle de Postas.

DIEGO. ¡Es posible!... ¡Oh! ¡Pobre niña! ¡Acostumbrada á las comodidades y ahora!...

CRISP. ¡Ya lo creo!... Pues nada, no, señor; ni despega sus labios, ni hace otra cosa más que trabajar para sostener á su papá, que tambien por su parte se ocupa en administrar una casita y en pintar paisitos que mi hijo va á vender por los cafés.

DIEGO. ¡Eso más!... Pero ese criado que nos ha servido, esa mesa...

CRISP. Si es de la fonda del cuarto bajo: como supieron que venian ustedes, la señorita lo dispuso todo en seguida.

DIEGO. (Pensativo.) Es decir, que hacian un sacrificio horrible por complacernos.

CRISP. Cuando se aprecia á las personas, como decia la señorita...

DIEGO. Bien, bien; con que dice usted que hace cuatro años...

CRISP. Que está cesante en el ramo de correos, donde parece que no ha corrido mucho que digamos.

DIEGO. ¿Está usted segura de lo que dice?

CRISP. ¿Con que no lo sabia usted?... Pues ya siento...

DIEGO. No, señora. (Poniéndose el sombrero.) Dios, que todo lo dispone, ha hecho que sea usted la mujer más habladora del mundo. (Vase por el foro.)

ESCENA XVI.

CRISPINA, despues MATILDE; luégo D. SERAFIN por la derecha.

CRISP. (Mirando al rededor.) ¡Eh!... Pues me parece que eso lo ha dicho por mí... ¿Habré oido mal?... ¿Cómo es posible que un señor... tan señor se atreva á decir que yo soy habladora?...

MAT. (Saliendo.) ¿Se ha marchado ya ese caballero?

CRISP. ¿El señor Ministro?... Si no hizo más que entrar y salir.

MAT. ¿Y don Diego?

CRISP. Tambien acaba de marcharse ahora mismo.

SERAF. (Saliendo con traje distinto, algo usado, pero decente y nada ridículo.) ¡Valor... valor!... (Dirigiéndose en su turbacion á Crispina.) Beso á vuecencia la mano.

CRISP. Muchas gracias, don Serafin.

SERAF. (Asombrado.) ¡Eh!... ¿Qué es esto?... ¡Habré llegado tarde!... ¡Ji, ji!...

MAT. Sí, papá; el señor Marqués no se ha detenido aquí más que un instante.

SERAF. ¡Dios mio!... ¡El... él en mi casa y ni aun así he podido hablarle!... ¡Este es el colmo de la desgracia!... ¡Ji, ji!... ¿Pero cómo es posible que un cesante haya dejado escapar una ocasion así?... ¡Si eso es incomprensible!... ¡Si en la larga historia de la cesantía no habrá un hecho semejante!... ¡Ji, ji!...

MAT. Cálmese usted, papá; ya se presentará otra ocasion.

SERAF. ¡Imposible, Matilde!... (Dirigiéndose repentinamente á Crispina.) Pero usted, ¿qué ha hecho?

CRISP. ¡Jesus!...

SERAF. ¿Por qué no ha cerrado usted la puerta mientras yo me vestia?...

CRISP. No, señor; si desde esta habitacion no se ve la alcoba de usted!... lo que es por eso puede usted estar tranquilo.

SERAF. (Pensativo.) ¡Sí, sí; mi estrella alumbrará ya siempre el oscuro cielo de la cesantía!... ¡Ji, ji!... ¡Cesante... cesante... y siempre cesante!...

MAT. Vamos, papá, serénese usted.

SERAF. ¡Ji, ji!... ¡Que me serene!... ¿Crees tú que eso es tan fácil?... (Levantándose y dirigiéndose á Crispina.) ¡Portera... portera!... ¡Usted no ha cumplido con su obligacion!

CRISP. ¡Yo!...

SERAF. Su deber de usted está encerrado en este gran axioma: «Nadie pase sin permiso del portero». Ese... ese es el lema de los empleados... de portal.

CRISP. Pero señor...

SERAF. ¿Usted le ha dado permiso para que se marche?

CRISP. Ciertamente que no.

SERAF. ¡Pues entónces no ha cumplido usted con su deber!

MAT. Pero papá...

SERAF. ¡No ha cumplido usted con su deber!...

CRISP. ¿Y yo qué habia de hacer?

SERAF. Detenerle.

CRISP. ¡Jesus!...

SERAF. Detenerle, sí, señora: podia ser un ladron disfrazado de... de Ministro! ¡Ji, ji!...

CRISP. ¡Pero si don Diego le tuteaba!...

MAT. ¿Qué va usted á adelantar ya con sofocarse? Tal vez vuelva á ver á don Diego, y entónces...

SERAF. ¡Nunca, nunca!... ¡Seré cesante toda mi vida! ¡Pero juro por lo más querido que lo seré contra toda mi voluntad! (Se dirige hácia la puerta de la derecha.)

MAT. ¿Dónde va usted?

SERAF. ¡Déjame, déjame! ¡Voy á consolarme repasando mis antiguos nombramientos, que son el bálsamo tranquilizador que necesito en estos momentos!... ¡Ji, ji!

CRISP. ¡Pues yo creo que eso le debe entristecer á usted más?...

SERAF. Usted puede creer lo que quiera; pero eso no quita para que yo crea tambien lo que me parezca.

CRISP. Bien, bien; no se enfade usted por eso. (Dejémosle, que ya se aplacará.) Voy á la portería: ¿quiere usted algo, don Serafin?

SERAF. Que me deje usted en paz. (Vase por la derecha.)

CRISP. Voy á dar á usted gusto. (Vase por el foro.)

MAT. (Sentándose junto al costurero.) ¡Qué desgraciada soy!

ESCENA XVII.

MATILDE, RICARDO por la izquierda, despues D. DIEGO por el foro.

RICARDO. (Acercándose á Matilde.) ¡Matilde!
MAT. (Levantándose.) ¡Ah!... Ricardo.
RICARDO. ¿Qué tiene usted?
MAT. Nada.
RICARDO. Me pareció oir dar voces á su papá de usted...
MAT. Si, en efecto; ha tenido un pequeño disgusto... pero no ha sido nada.
RICARDO. Indiscreto seria si me atreviese á preguntar á usted la causa; pero... como sabe usted lo mucho que les aprecio...
MAT. Gracias, Ricardo; pero... ya digo á usted: no ha sido nada: ¿quién no tiene en sus negocios algun disgusto?...
RICARDO. Es verdad: no insisto más. (Breve pausa.)
MAT. ¿Se acuerda usted mucho de su vida de estudiante?
RICARDO. Mucho, Matilde: al separarme de aquí para ir á Toledo con mi padre, dejé recuerdos muy queridos... difíciles de olvidar: sí, señora, sí; en ustedes encontré durante mi permanencia en Madrid, un padre honrado y bueno, y una... una hermana tierna y cariñosa.
MAT. En eso pensó usted como debia.
RICARDO. Pues bien, Matilde: yo... en esa época, ya sabe usted que, efecto de mi genio tal vez, no asistia á más reunion, ni frecuentaba más casa que la de ustedes: ¿qué extraño es que todo mi cariño lo depositase en una familia que acogia con tanto júbilo todas las satisfacciones que esperimenté durante mi carrera?... ¿Podré yo olvidar nunca el anhelo con que esperaban siempre el resultado de mis exámenes y grados, á los que siempre me acompañaba su papá de usted? ¿El placer que despues esperimentaban, porque la suerte no me abandonó nunca en esos dias?... ¡Sí, Matilde; esas afecciones de niño son las que más tarde forman el corazon del hombre!...
MAT. (Conmovida.) ¡Ricardo!...
(Aparece D. Diego en la puerta del foro.)

RICARDO. Voy á ser una vez franco con usted: desde esa habitacion no he podido ménos de escuchar la justa desesperacion de su papá de usted, que con tanta alegria nos ha recibido hoy, á pesar del inmenso sacrificio que ustedes se imponian.

MAT. Usted cree, Ricardo...

RICARDO. Todo lo he oido, Matilde; de todo me he enterado, y por eso me atrevo á hablar á usted de esta manera.

MAT. ¿Qué quiere usted decir?

RICARDO. Que si un dia, cuando las comodidades rodeaban á ustedes, no me atreví á despegar mis labios, hoy, que no puedo ménos de admirar en usted la honradez y la virtud, que aumentan más si cabe su belleza, me atrevo á decirla, que esas nobles prendas se han impreso en mi corazon para amarla á usted siempre.

MAT. ¡Ricardo!... Yo agradezco en el alma esas palabras: ¡hace tiempo... que le amo á usted, á qué negarlo! Pero por nuestro mismo amor le suplico que todo el mundo ignore este cariño.

RICARDO. ¡Matilde!...

MAT. ¡Si mi pobre padre se enterara de esto moriria de pesar!

RICARDO. Pues qué, ¿cree usted que el mio se negaria á conceder á su hijo la mano de la mujer más digna de la tierra? Si algun sentimiento noble hay en mi corazon, ¿de quién lo he heredado más que de mi padre?

MAT. (Viendo á D. Diego que se habrá acercado lentamente.) ¡Ah!... (Matilde se sienta junto al costurero y se pone á bordar, procurando reprimir una lágrima: Ricardo permanece inmóvil al otro estremo. Breve pausa.)

DIEGO. (Dominando su conmocion y acercándose á Matilde.) ¿Ha salido su papá de usted?

MAT. (Con acento cariñoso, esforzándose por sonreir.) No, señor.

(Pausa: D. Diego se queda un momento contemplando á Matilde: despues vuelve la cabeza, enjuga una lágrima y se dirige á Ricardo, á quien abraza con paternal cariño.)

DIEGO. (A Ricardo.) (¡Los bellos sentimientos que adornan el corazon de un buen hijo, son el alma y la vida de su padre!) (Procurando dominar la situacion.) ¡Serafin!... ¡Serafin!... ¿En dónde diablos estás metido?

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, D. SERAFIN por la derecha.

SERAF. (Saliendo muy abatido.) Estaba repasando unos papeles... que en su dia fueron para mí del mayor interés!... ¡Ji, ji!... (Mirando á todas partes) ¿Vienes solo?

DIEGO. Sí.

SERAF. Lo siento... ¡Ji, ji!...

DIEGO. Escucha, Serafin: un asunto grave, muy grave, me obliga á pedirte un favor que estoy seguro no me negarás.

SERAF. (No siendo dinero ni cosa que lo valga!... ¡Ji, ji!)

DIEGO. Mi hijo acaba de confiarme un secreto...

RICARDO. ¡Yo!...

DIEGO. (Indicándole que calle.) Sí señor. (A Serafin.) Un secreto que tú no debes ignorar.

SERAF. Ya te escucho... ¡Ji, ji!...

DIEGO. Creo inútil decirte que Ricardo ha concluido su carrera, que es mi hijo único, y que todas mis aspiraciones deben ser labrar su felicidad.

SERAF. Es muy justo... ¡Ji, ji!...

DIEGO. El secreto es que está enamorado de una jóven (Mirando á Matilde.) honrada, virtuosa y digna por todos conceptos de hacer la dicha del hombre que más ambicione en el mundo.

SERAF. Celebro que... ¡ji, ji! Pero...

DIEGO. Pronto comprenderás lo mucho que espero de ti, lo mucho que en obsequio de mi hijo puedes hacer, si, como mi mejor amigo, accedes gustoso á la peticion formal y solemne que te hago en este momento, pidiéndole para Ricardo la mano de tu hija Matilde.

SERAF. ¡Diego!

RICARDO. ¡Ah!

MAT. ¡Dios mio!

SERAF. ¡Diego!... O tú no te has esplicado bien... ¡ji ji!... ó yo he entendido mal.

DIEGO. No, Serafin: comprendo que joya de tanto precio no se alcanza tan fácilmente; pero si nuestra antigua

amistad vale algo para tí, acudo á ella para que sea el más fuerte empeño en mi pretension.

SERAF. ¡Diego... Diego!.., ¡Ji, ji! Mucho me envanece lo que acabas de decir, pero... yo tambien debo ser franco... debo manifestarte que mi posicion... ¡ji ji!

DIEGO. Nada ignoro: todo lo he sabido por Crispina.

SERAF. Pues bien... si sabes que soy un pobre cesante... ¿qué puedes esperar de mí?... ¡Ji, ji!

DIEGO. ¡El inmenso tesoro que posees en tu hija! ¿Te parece poco lo que ambiciono?

SERAF. Pero... ¿Tú has pensado bien... ¡ji ji! lo que es la hija de un pobre cesante?

DIEGO. La hija de un hombre honrado á quien ha sabido sostener con su trabajo durante cuatro años, sin derramar una lágrima, sin escuchar de sus labios una queja...

SERAF. (Abrazando con ternura á Matilde.) ¡Eso sí, eso sí!... ¡ji, ji!... ¡Pobre hija mia!

DIEGO. ¿Qué más riquezas que encontrar una jóven de esas cualidades para que sea la dulce compañera de toda nuestra vida?

SERAF. Sí, sí; pero... ¡si al ménos mi posicion fuese otra!... Diego, no tomes á vanidad ni orgullo lo que voy á decirte. Estoy cesante... ¡ji, ji!... ¡Fatal palabra!... Hoy... no puedo acceder á tu peticion; pero si un dia el gobierno se acordase de mis antiguos servicios, ¡ji, ji! si volviese á ocupar un puesto digno en la sociedad, me envaneceré en darte la mano de Matilde para tu hijo: hoy mi delicadeza no me lo permite. ¡Ji, ji!...

MAT. (¡Desgraciada de mí!)

DIEGO. Acepto: demos por terminado este asunto. (Entregándole un pliego.) Toma.

SERAF. ¿Qué es esto?

DIEGO. Lee.

SERAF. (Despues de leerlo.) ¡Dios mio... esto es un sueño!... ¡Ay... ay!... ¡Matilde... Diego... Ricardo!... ¡Ji, ji... ji ji!...

MAT. ¡Papá!

SERAF. ¡Repuesto con ascenso en mi destino!... ¡La firma del Ministro!... ¡Ya no soy cesante... (A Diego.) ya no eres tú cesante... ya no hay ningun cesante!...